

DE LA «COMINTERN» A LA «COMINFORM» *

La II Internacional consumó su estrepitoso fracaso cuando estalló la I Guerra Mundial. Los socialistas se escindieron. La gran mayoría de ellos apoyó la política de guerra—los «social-patriotas»¹ y otros—los «internacionalistas»—se inclinaron por el pacifismo. Un tercer grupo, mínimo, intentó aprovechar la conyuntura para «transformar la guerra imperialista en guerra civil», en frase de Lenin, y lo encabezaban éste, Rosa LUXEMBURG y Karl LIEBKNECHT. Aunque el ruso asaltaría el poder con el lema de «paz, pan y tierra», comprendía que sólo la guerra podía potenciar la revolución.

En las Conferencias de Zimmerwald (septiembre de 1915) y Kienthal (abril de 1916), en Suiza, si bien los socialistas estaban contra el social-patriotismo, Lenin no pudo hacer triunfar su tesis. Bullía en su mente la formación de una nueva Internacional que debería montarse a tiempo de impedir la reconstrucción de la II Internacional una vez finalizase la guerra. En Zimmerwald, Lenin consiguió formar el «Buró Permanente de la Izquierda Zimmerwaldiana» que serviría de núcleo a sus intenciones. Con ello sacrificaba unos amplios límites a su futura organización, reduciéndolos a lo que consideraba compatible con su concepción de la ortodoxia.

En efecto, a Rosa LUXEMBURG (que ya se había puesto al lado de los mencheviques cuando sobrevino la ruptura con los bolcheviques), no le agradaba la idea, intuyendo que una Internacional compuesta con una minoría actuando como punta de lanza—como «estado mayor de la revolución mundial»—tomaría el control del proletariado internacional y acabaría por degenerar en una «dictadura burocrática sobre los partidos, comunistas de los

* Un extracto de este artículo apareció en *Índice*, núm. 246, del 1 de mayo de 1969.

¹ Término acuñado por Rosa LUXEMBURG y que luego pasó a engrosar el vocabulario bolchevique.

diferentes países, lo mismo que los principios de Lenin conducían al control del partido en cada país por una pequeña minoría burocrática»². La dirigente proletaria alemana no se oponía a la creación de tal Internacional; sólo quería esperar a que sectores importantes de la base trabajadora se dieran cuenta de su necesidad y abandonaran a sus líderes socialdemócratas.

Pero la Revolución de octubre en Rusia y las convulsiones político-sociales que siguieron por doquier a partir de entonces hicieron posibles nuevos desarrollos, máxime con el prestigio acumulado por Lenin. La problemática de aquellas dos conferencias suizas pasaban a ser una alternativa: «¿La Internacional por la paz o la Internacional por la revolución proletaria?»³.

Aparece la III Internacional.

El 24 de enero de 1919 la Rusia bolchevique convocó una conferencia internacional que tuvo lugar en su nueva capital, Moscú, del 2 al 6 de marzo siguiente, en la que se fundó la Internacional Comunista—«Comintern»—. Asistieron 36 delegados deliberativos y 15 consultivos. De ellos ocho eran rusos y la mayor parte de los demás emigrados extranjeros residentes en Rusia, algunos de los cuales incluso eran miembros del partido comunista ruso⁴. Luxemburg había sido asesinada unas semanas antes, pero se leyó en la conferencia su consejo de posponer la fundación de la nueva Internacional. Fue en vano la voz de ultratumba. El movimiento de Zimmerwald fue disuelto, adscribiéndose a la Comintern «cuanto había en él de verdaderamente revolucionario». Las decisiones fueron adoptadas por unanimidad, con la sola

² Adolf STURMTHAL, *La Tragedia del Movimiento Obrero*, México, 1945, págs. 40-41.

³ Annie KRIECEL, *Les Internationales Ouvrières (1864-1943)*, París, 1966, 2.ª edición, página 68.

⁴ Estos “delegados” extranjeros se hallaban en Rusia cuando el acontecimiento, pero no eran mandatarios de partido o grupo alguno o por lo menos sus credenciales ofrecían dudas. Sólo dos excepciones hubieron en la regla, un alemán—Eberlein—y un austríaco, que consiguieron atravesar las líneas de los ejércitos blancos. Excepto Alemania, los países representados—Austria, Suecia, Noruega, Holanda, Suiza, Hungría y Estados Unidos—lo eran de organizaciones comunistas “rudimentarias y algunas veces míticas”. E. H. CARR, *Estudios sobre la Revolución*, Madrid, 1968, pág. 179. Eso es tan cierto que no hay autores que coincidan en enumerar las “delegaciones”. Cfr. Gerard WALTER, *Lénine*, París, 1950 (Marabout), pág. 434.

abstención de Alemania cuyo representante, para no convertirse totalmente en la oveja negra de la reunión, prefirió no votar en contra.

El II Congreso de la Comintern (10 julio-7 agosto 1920) tuvo un notable éxito de asistencia y se demostró clave para el futuro. En el intervalo Europa había pasado por una serie de episodios revolucionarios, que remitiéron, pero durante la celebración del Congreso el Ejército rojo avanzaba triunfalmente hacia Varsovia. Los delegados se emocionaban cada sesión viendo como la incontenible caballería de Tujachevski iba desplazando más y más al oeste las banderitas rojas clavadas diariamente en un gran mapa que presidía la sala. Los asistentes sobrepasaban los dos centenares. En esa atmósfera de victoria y triunfalismo revolucionario se impusieron las «21 • Condiciones de Admisión» para ingresar en la Comintern. (Esas Condiciones eran 9, al principio, y luego pasaron a 18, número y dureza crecientes que reflejaban las circunstancias optimistas del frente polaco). Cuando Pilsudski desencadenó poco después su increíble contraofensiva, el Congreso ya había concluido.

La vinculación directa de las «condiciones» a los portentos de un ejército fue tal que aquéllas se elaboraron en el contexto de una estrategia ofensiva a corto plazo», pero «fueron adoptadas en Occidente en el contexto de una estrategia defensiva a plazo más largo», que básicamente sería la del «socialismo en un solo país»⁵. Oportunismos y, peor aún, espejismos, estuvieron a la orden del día en ese II Congreso. La clase obrera fue dividida irremediablemente y la escisión «pasó de un incidente a una realidad duradera». La fascinación había ya surgido. En secciones de los partidos socialistas se creyó que con la mera creación de los soviets la revolución era irresistible: «Necesitaban sólo cantar la fórmula mágica 'todo el poder a los soviets' y las murallas del Jericó capitalista se derrumbarían»⁶. El ejemplo que mejor ilustra esto lo ofreció las acciones desencadenadas por la clase obrera italiana. Detrás de las murallas, sin siquiera derrumbarse, encontraron «camisas negras».

A partir de las veintiuna condiciones siempre más los partidos comunis-

⁵ Annie KRIECEL, op. cit., pág. 78. Las condiciones, pues, reflejaban algo más que el leninismo en su forma de 1917 (ya en contraste con el original de 1903). Reflejaban unas circunstancias fluidas que se interpretaron como sólidas.

⁶ Hugh SETON-WATSON, *The Pattern of Communist Revolution (A Historical Analysis)*, Londres, 1960, 2.ª edición cor. y aum., pág. 79.

tas del exterior fueron obligados a mantener una organización clandestina paralela al partido, aun cuando éste operase legalmente. Así lo estipula la condición tercera. Su objeto es «cumplir en el momento decisivo su deber hacia la revolución»⁷.

Además de la derrota infligida por los polacos, las condiciones internas empeoraron en Rusia. La revuelta de Cronstadt simbolizó el malestar. La respuesta fue «un paso atrás»: la Nueva Política Económica (N. E. P.). Lenin publicaba, naturalmente, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. En Europa el fervor revolucionario disminuía. En 1921 fracasaron aparatosamente una huelga general y un plan insurreccional en Alemania, cuyo partido comunista sufrió un rudo golpe. En ese programa de regresión se reunió el III Congreso de la Comintern (22 junio-12 julio 1921). En diciembre esta situación general quedaba plenamente reconocida en las «Tesis sobre el frente único proletario». Las uvas están verdes. Lenin indica que «hay que terminar con los asaltos y pasar al sitio». Algún momento entre 1918 y 1919 habría sido más propicio para la empresa revolucionaria, reconoció Trotski ante aquel Congreso. «La revolución no es tan obediente, no está tan domada que obedezca nuestros mandatos con una correa como imaginábamos». En adelante la táctica tendrá que ser preparatoria de las condiciones esenciales para producir una situación revolucionaria, y los partidos comunistas deberán entenderse más como instrumentos para una eventual toma del poder que para producir revoluciones, sin que ello la Comintern renuncie a su «misión histórica», es decir, «a ser el sepultador de la sociedad burguesa». Al fin y al cabo, como sugería Lenin en aquella obra nacida de las circunstancias, la ayuda que los comunistas podían prestar a los socialistas sería «como el apoyo que la cuerda da al ahorcado»⁸.

⁷ Hugh SETON-WATSON, *From Lenin to Malenkov: A History of World Communism*, Nueva York, 1953, pág. 349.

⁸ La táctica del «frente unido» podía ser «desde arriba» o «desde abajo», según la colaboración fuese con los líderes de los partidos no comunistas o con la base. Es dudoso que Lenin se percatara de la difícil situación en que situaba a los partidos comunistas y su pureza doctrinal. Si sus líderes se lanzaban por este sendero con éxito arriesgaban ser imputados de «oportunismo», pero si por el contrario mostraban excesivo celo la etiqueta que podían adjudicarles era la de «sectarismo». «La mayoría de los líderes de los partidos se encontraron más pronto o más tarde empalados en un cuerno u otro de este dilema, y tampoco fueron aminoradas sus dificultades por las continuas fluctuaciones de la política de la Comintern». R. N. Carew HUNT, *The Theory and Practice of Communism*, Harmondsworth (Ing.), 1966, pág. 195.

En octubre de 1922, el fascismo se coronaba en Roma, sentando todo un haz de posibilidades contrarrevolucionarias. No sólo entonces, sino durante doce largos años escapó al movimiento comunista la profunda significación del fenómeno inaugurado por Mussolini, pese a los clarividentes análisis de Gramsci. Bien ha podido decir George F. KENNAN, profundo conocedor de la Rusia soviética, no saber de «ninguna ficción política más endeble y absurda que la de la falta de responsabilidad de las autoridades soviéticas por las actividades revolucionarias mundiales entonces centradas en la Comintern»⁹.

Hacia la Internacional Socialista y la Bolchevización de los partidos comunistas.

Como había temido Lenin, la II Internacional se reconstituyó, tras algunas demoras, después de la guerra, en la Conferencia de Ginebra (julio 1920). A su izquierda, fruto de una escisión, se situaría la «Unión Vienesa», irónicamente conocida por la «II y 1/2 Internacional», que quería ser puente entre la II y la III Internacionales. Su vocación sería aprovechada un par de años más tarde, cuando los representantes de todas las Internacionales se reunieron en Berlín (2-5 abril 1922), por primera y última vez desde 1914. Se formó un «Comité de Nueve», pero la Comintern luego consideró que había hecho concesiones sin contrapartida.

En su IV Congreso (5 noviembre-5 diciembre 1922), la Comintern precisó lo que entendía por «frente único», pero no consiguió convencer que debía sustituirse el «bloque de izquierdas» (que dejaba relegados a los comunistas) por el «bloque obrero» (que lo controlarían ellos), pues, su política era de evitar toda fusión, por ser minoritarios, así como cualquier concesión doctrinal.

El fracaso de la Conferencia de Berlín coadyuvó a fusionar en cambio a las diversas posiciones socialistas no adscritas a la III Internacional. En enero de 1923, tras una reunión en La Haya, la II y la II y 1/2 Internacionales, lanzaron un «Manifiesto a los obreros de todos los países»; celebraron el Congreso en Hamburgo (mayo 1923), del que emergió la Internacional Socialista¹⁰.

⁹ George F. KENNAN, *Russia and the West under Lenin and Stalin*, Nueva York, 1961, página 177.

¹⁰ Annie KRIEGLER, op. cit., págs. 83-84. De hecho lo que se fundó fue la Internacional

La escisión del movimiento obrero se consumaba y ratificaba. Socialistas y comunistas quedarán divididos prácticamente en todo. La acusación socialista contra los comunistas se centraba particularmente en tres puntos: la existencia de una dictadura terrorista en la U. R. S. S., ya innecesaria; persecución de los socialistas dentro de dicho país y labor de zapa contra ellos en el exterior; y la tesis leninista de la «inevitabilidad de la guerra». La táctica de los comunistas será muy fácil: reivindicar sistemáticamente más de lo que solicitan los socialistas, cualesquiera que sean las condiciones objetivas, colocándose con ello como campeones máximos de la clase obrera.

A efectos revolucionarios, las condiciones propicias continuaron deteriorándose en Europa en los años que siguieron. Si en el III Congreso de la Comintern se había ablandado la táctica política con la consigna de «Id a las masas», en el V Congreso (17 junio-8 julio 1924) se llevaron más a la izquierda las conclusiones del IV, cuidándose más estrictamente la calidad del reclutamiento. La pugna por la sucesión de Lenin, que había muerto en enero de 1924, tendrá efectos nefastos por sus repercusiones directas en el seno de los demás partidos comunistas. Todas las peripecias del Kremlin serán reproducidas en el exterior tantas veces como sean necesarias para estar siempre en línea.

En 1927 llega la ruptura entre Trotski y la Comintern. Tras un año de destierro en Alma Acta, el creador del Ejército Rojo y autor técnico del golpe de Estado bolchevique, es expulsado de la Unión Soviética en 1929. En el intervalo la política de Stalin contribuyó a provocar, en contra de la lógica de su rival, la *massacre* de comunistas en China. «En Occidente, la Comintern había inventado situaciones revolucionarias donde no las había. En China, la burocracia rusa, la hija legítima de la revolución rusa, había desperdiciado la única gran oportunidad revolucionaria que jamás haya habido»¹¹.

Obrera Socialista, que tuvo existencia hasta 1945, que fue reemplazada por la Conferencia Socialista Internacional. Esta estableció un Comité Consultivo, sustituido en 1947 por el Comité de la Conferencia Socialista Internacional (Comisco). Este, en la Conferencia de Copenhague (1950) propuso que la organización se llamase la Internacional Socialista, lo cual fue aprobado al año siguiente. Saúl ROSE, *The Socialist International*, Londres, 1955, págs. 6-9.

¹¹ Frank BORKENAU, *World Communism (A History of the Communist International)*, Michigán, Univ. Press., 1962; pág. 318.

Las posibilidades del levantamiento comunista de Shanghai han sido muy discutidas, pero con todo ha sido el único gran esfuerzo revolucionario realizado por el proletariado

DE LA "COMINTERN" A LA "COMINFORM"

El año anterior, 1926, el mariscal Pilsudski había derribado el Gobierno polaco, compuesto de una coalición de derechas. Dados los antecedentes del militar, los socialistas lo creyeron de los suyos y le apoyaron. La Comintern, obedeciendo la consigna del «frente único», hizo juntar a los comunistas en la maniobra. Radek, el enviado de Moscú para asesorar al partido comunista alemán, creyó que Pilsudski, pese a su campaña militar de 1920, sería un instrumento de las fuerzas revolucionarias ahora, tachándolo de «el último mohicano del romanticismo polaco» y de «un chiste de la historia universal», creyéndose en el deber de publicar estos pensamientos¹². Una táctica parecida entre socialistas y comunistas fue adoptada en Rumania y en otros países balcánicos.

chino, que en adelante se comportará como un elemento pasivo. SETON-WATSON se muestra un tanto escéptico sobre la posibilidad de ese éxito, pero imputa su trágico fracaso a la «imbecilidad de la política de la Comintern». Esta, dice, debía haber actuado con más prudencia, permitiendo a sus seguidores continuar viviendo y tal vez incluso mantener su maquinaria sindical para ulteriores oportunidades. Para ello debía haberse procedido a un «examen realista de la situación». Sin embargo, no descarta totalmente la tesis trotskista sobre la potencialidad de una revolución comunista dadas las confusas circunstancias imperantes entonces en China. Hugh SETON-WATSON, *The Pattern of...*, op. cit., págs. 143 y 148.

En todo caso el propio Mao Tse Tung fue «severo en su juicio sobre los representantes de la Comintern» (que eran Roy y Borodín). «El no mencionó Stalin, pero el papel del dirigente ruso en la catástrofe no estuvo seguramente ausente de su mente». Un cuarto de siglo después Mao afirmó a Kruschév en el curso de una polémica: «Mientras que defendemos a Stalin, no defendemos sus errores. Hace tiempo que los comunistas chinos poseen experiencia de primera mano de algunos de sus errores». Stuart SCHRAM, *Mao Tse-tung*, Harmondsworth (Ing.), 1967 (ed. rev.), pág. 115. La cita de Mao procede de Conrad BRANDT, *Stalin's Failure in China, 1924-1927*, Cambridge, Mass., 1958.

¹² Karl RADER, *Pilsudski's Victory*, «Inprecorr», 1926, núm. 44, cit., por Hugh SETON-WATSON, *The Pattern of...*, op. cit., pág. 108. «La complicidad de las masas es lo que constituye el elemento original del golpe de Estado de Pilsudski», dice Curzio MALAPARTE. «Pilsudski, simple general rebelde al comienzo del golpe de Estado, se convierte así en una especie de capitán del pueblo, de héroe proletario, de Bonaparte socialista, según la frase de Lloyd George». *Técnica del golpe de Estado*, Barcelona, 1960, páginas 139 y 140.

A mayor gloria de Stalin.

Bujarin apoyó a Stalin en la lucha por la sucesión, y como premio sucedió a Zinoviev al frente de la I. C., pues éste había determinado hacerse con el control absoluto de la Comintern, bandeándose hacia la izquierda tras el fracaso alemán de 1921, maniobra a destiempo que a la larga causaría su caída (1925). A su vez Bujarin perdería su puesto cuando Stalin abrió la tesis del «tercer período» (= crisis general del capitalismo) y con tal fin su política tomó un rumbo «ultraizquierdista». Tras la exclusión de Trotski, Zinoviev y Kamenev del partido, Stalin conmovió al XV Congreso del P. C. U. S. cuando declaró terminada la «estabilización» del capitalismo, y por ende la «coexistencia pacífica». El VI Congreso de la Comintern (17 julio-1 septiembre 1928), que ante la general extrañeza ya no presidió Bujarin¹³, tuvo lugar un año antes de que estallase la gran crisis económica mundial. En él quedó decretado que «la U. R. S. S. es la única patria» del proletariado mundial. La socialdemocracia, que fue ascendida de socialchauvinismo a social-imperialismo, fue el objeto preferente de ataque. La obsesión duraría ocho años, en el curso de los cuales los socialdemócratas fueron conocidos en la jerga comunista por «social-facistas». El Congreso da por inaugurada la fase de la «clase contra clase», fórmula basada en la creencia de estar a la vista de una «radicalización de las masas».

Por 1924 la revolución mundial se había convertido en un mito para muchos bolcheviques, lo que posibilitaría que la fórmula del «socialismo en un sólo país» se abriera paso y reafirmara sobre la antagonica de «revolución permanente». Stalin, que no era el inventor, se hizo eco de la opinión dominante, apropiándose del slogan. «Elevó el sagrado egoísmo de la revolución rusa a principio supremo (...), tal es el significado real de su idea de 'socialismo en un solo país'. Se determinó a hacer del sagrado egoísmo del 'único Estado proletario del mundo' la idea guía del comunismo internacional también»¹⁴.

Algunos que habían aceptado las condiciones de admisión a la Comintern

¹³ En realidad, la toma del mando de la I. C. por Bujarin no pasó de una formalidad. Manuilsky y otros fueron quienes la controlaron por Stalin, incluso después de la llegada de Dimitrov.

¹⁴ Isaac DEUTSCHER, *Russia after Stalin*, Londres, 1953 (2.ª edición), pág. 31.

comenzaban a descubrir «como André Malraux dijo, 'que mientras nosotros pensábamos que haciéndonos menos franceses nos convertiríamos en más humanos, de hecho sólo nos convertimos en más rusos'. Con Stalin se hizo obvio lo que ya se había visto con Lenin y Trotski, que el internacionalismo comunista era nacionalismo ruso»¹⁵.

Esta afirmación plantea el problema de cuándo la política exterior rusa comenzó a predominar (más que a interferirse) sobre la política de la Comintern. El proceso es gradual y casi imperceptible, pero visible ya con cierta claridad bajo Lenin, como dice el reconocido especialista de la revolución bolchevique E. H. Carr, el cuál sitúa en el IV Congreso de la Comintern, o sea a partir de diciembre de 1922, el fin de la pugna por el control del *apparat* de la organización¹⁶. Otros autores se inclinan a esperar la muerte

¹⁵ Neil McINNES, *The Labour Movement, en The Impact of the Russian Revolution, 1917-1967 (The Influence of Bolchevism on the World outside Russia)*, Royal Institute of Royal Affairs, Londres, 1967, pág. 84.

Este internacionalismo, "que es a ojos de los soviéticos plenamente compatible con el patriotismo, requiere constante énfasis en la solidaridad entre el propio pueblo y el pueblo ruso, en realidad servilismo hacia el pueblo ruso y la cultura rusa". Hugh SETON-WATSON, *The New Imperialism*, Chester Spring, Penns. (U. S. A.), 1961, pág. 64.

Angel PESTAÑA, sindicalista español, uno de los representantes españoles en este II Congreso, redactó una *Memoria* para el Comité de la Conferación Nacional del Trabajo cuando regresó a España. (Publicada por Ed. Zyx, Madrid, 1968: I. *Informe de mi estancia en la U. R. S. S.* y II. *Consideraciones y juicios acerca de la Tercera Internacional*). La lectura es viva, simple, directa. En la II Parte podemos leer: "Moscú fue la nueva tierra santa" (pág. 12), pero pronto fue obvio que "allí no cabíamos todos. La Tercera Internacional, más que la heredera directa de todos los anhelos que palpitan en el seno de la gran familia proletaria, era el arma política de un partido determinado y dominante. Encerrado en estrechos límites de escuela y de partido, había que encogerse para entrar, agacharse. Y el que no se agachaba, no pasaba" (pág. 13). "Mis observaciones terminaron por llevarme a la conclusión de que el Partido Comunista, la Tercera Internacional y la aún en pañales Internacional Sindical Revolucionaria eran una misma cosa. Algo así como la Trinidad cristiana: Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Partido Comunista ruso, Tercera Internacional e Internacional Sindical Revolucionaria, tres personas distintas y un solo criterio verdadero: política bolchevique" (págs. 19-20). E insistía: "...mírese como se mire, el comité político es quien dirige toda la política del Partido Comunista ruso. Es, en lenguaje claro y preciso, una verdadera oligarquía" (pág. 20).

¹⁶ "De ahí en adelante, la política de la Comintern se ajustaría a un sistema de política exterior soviética en vez de que ésta se adaptara—como ya había acontecido de todos modos en la práctica—a la organización de la revolución mundial". E. C. CARR, *The Bolchevik Revolution, 1917-1923*, vol. III, Londres, 1950, pág. 451.

de Lenin. Así Hugh Seton-Watson, otro especialista de la historia contemporánea rusa, dice que por 1921 el movimiento internacional fue ligado a la dirección central de la Comintern, al partido bolchevique por 1924 y por 1927 a Stalin. «Más el hecho esencial es que, por lo menos desde el V Congreso en 1924 el movimiento comunista internacional ha estado subordinado a las órdenes de Moscú»¹⁷.

A partir del tratado de Rapallo (marzo 1922) observaremos, no obstante, que si por lo general las exigencias de la potencia histórica rusa condicionan crecientemente las de la potencia ideológica soviética, éstas no dejan de tener sus contradicciones con aquéllas, sobre todo durante el transcurso de los años que los ocupantes del Kremlin no se pusieron de acuerdo para adjudicarse el sillón principal. Fue un periodo de contradicción dentro de la contradicción política-exterior-tradicional / ideología-revolucionaria-redentora. Rapallo permitió una fructífera colaboración entre el Ejército Rojo y la Reichswehr, organizando y entrenando el segundo al primero y permitiendo burlar ciertas cláusulas de Versalles el primero al segundo. Así, mientras Alemania estaba planificada como primera víctima del comunismo internacional (hasta el punto que los bolcheviques consideraban su revolución como abocada al fracaso si los alemanes no entraban en liza), los mismos alemanes recibían de Rusia material de guerra que podía aplastar a sus propios comunistas; en compensación, los comunistas alemanes participaban en las comisiones de asuntos exteriores de la República de Weimar¹⁸.

En el IV Pleno Ampliado del Comité Ejecutivo de la I. C. (25 marzo-6 abril 1925) se había adoptado la tesis, detallada y extensa, sobre «La bolchevización de los Partidos de la Internacional Comunista». Dos años después,

¹⁷ Hugh SETON-WATSON, *The Pattern of...*, op. cit., pág. XII. De dónde y cómo vienen las órdenes, dice, es interesante para el especialista de instituciones o para el contraespionaje, pero es de poca importancia para el análisis de la base social de los movimientos comunistas y sus intentos de tomar el poder (pág. XI).

¹⁸ La diplomacia soviética tomaba parte por vez primera en una reunión internacional importante. En medio de la sensación causada, Chicherín, su máximo representante, habló: «Mientras que mantiene la posición de sus principios comunistas, la delegación rusa reconoce que en el actual período de la historia, que permite la existencia paralela del viejo orden social y del orden nuevo que ahora nace, la colaboración económica entre los Estados que representan estos dos sistemas de propiedad es imperativamente necesario para la reconstrucción económica general». Jane DEGRAS (Compilador), *Soviet Documents on Foreign Affairs*, vol. I, 1917-1924, Londres, 1951, página 298.

en el cenit de la crisis china, Stalin formuló su célebre definición del internacionalismo proletario: «Es internacionalista aquel que, sin reservas, sin vacilaciones y de una manera incondicional, está preparado para defender a la U. R. S. S., porque ésta es la base del movimiento revolucionario mundial y porque es imposible la defensa y el progreso de este movimiento sin defender a la U. R. S. S. Quienquiera que piense en apoyar el movimiento revolucionario mundial por fuera y en contra de la U. R. S. S., actúa contra la revolución y debe desplazarse al campo de los enemigos de la revolución»¹⁹.

La primera víctima del nuevo estilo fue el P. C. francés. La «patria soviética» debía condicionar la política exterior francesa. Los comunistas son pulverizados en dos elecciones. Donde la fórmula se aplica con especial fanatismo es en Alemania, haciendo los comunistas sistemáticamente el juego de los conservadores y nacionalistas (incluyendo los propios nazis), siempre en contra de los «social-fascistas». Ruth Fischer, representante del ala izquierda del P. C. alemán, expulsada del partido en 1926, nos cuenta los efectos que sobre el partido tuvo el V Pleno²⁰. Por esa época Ernst Thaelmann fue nombrado jefe del nuevo Politburó alemán. Es un claro ejemplo representativo del pensamiento «staliniano» del momento: «Este trabajador portuario de Hamburgo, que casi nunca conoció un empleo regular y no tenía especialización de ninguna clase, semianalfabeto, histérico, incapaz de pronunciar una sentencia coherente, totalmente ignorante, dado a la bebida y rodeado

¹⁹ Citado por Elliot R. GOODMAN, *Plan Soviético de un Estado Mundial*, México, 1964, página 107.

²⁰ «En lugar del comunista internacional militante de la época de la guerra civil surgió un nuevo tipo de comunista nacional—el stalinista, el agente de Moscú—. En su criterio los nuevos líderes no representaban un partido internacional de obreros, sino al partido del Estado ruso; eran agentes secretos de un Estado extranjero». Ruth FISCHER, *Stalin and German Communism*, Cambridge, Mass., 1948, págs. 403-404. Recordemos que Ruth FISCHER fue expulsada del P. C. alemán debido a su extremismo de izquierda en 1926, es decir, dos años antes de que Stalin diera su viraje en esta misma dirección. Como hace notar E. H. CARR, «Ruth FISCHER estaba en situación de conocer casi todo lo que sucedió durante ese período en el interior del Partido Comunista Alemán y algo —aunque en modo alguno todo— de lo que sucedía en la Internacional Comunista». «La señora FISCHER fue, desde el principio, un personaje político de los pies a la cabeza. Si se decepcionó fue porque perdió la última partida del juego, no porque no entendiera el juego que se estaba jugando». *Estudios sobre la Revolución*, op. cit., págs. 182 y 183.

de una pandilla de corruptos, podía servir excelentemente como un 'show-proletarian' cuya devoción sin límites hacia la Unión Soviética podía contrastarse dramáticamente con las traicioneras dudas y críticas de intelectuales decadentes»²¹. Estos «proletarios para show» suponían una garantía contra la captura de los partidos comunistas por los bujarinistas; luego, afirmado Stalin, serían una garantía para todo. Eran más que disciplinados: eran obedientes.

La marcha de Hitler hacia el poder.

La ceguera de Stalin llega a la apoteosis. (En política interior se han comenzado los planes quinquenales, se irá a la eliminación de los «kulacs» y luego darán comienzo las purgas. Todo lo que no es comunista es fascista o parafascista. Todo lo que sea debilitar la socialdemocracia es potenciar el fascismo. Y el fascismo se conceptúa como la última defensa del capitalismo. Ergo, cuando antes llegue el fascismo antes sobrevendrá el triunfo comunista. La barbarie de este análisis resistió años. La llegada de Hitler al poder fue, por tanto, celebrada casi como un triunfo propio, a pesar de que «social-fascistas» y comunistas empezaron a llenar las prisiones y luego los campos de concentración del «Orden Nuevo». Como si nada. Todo estaba previsto en el análisis de la lucha de clases. «De la misma manera que la propaganda soviética mantenía que los socialistas moderados no eran mejor que los fas-

²¹ Frank BORKENAU, *European Communism*, Londres, 1953, pág. 60.

El temor al intelectual se puso de patente ya en el V Congreso de la Comintern (1924). Bujarin insinuó que era deplorable "la vuelta al viejo hegelianismo". Zinoviev se adentró en el tema con menos miramientos: "Si queremos servir al leninismo..., no debemos permitir que esta tendencia de extrema izquierda se convierta en revisionismo teórico..., extendiéndose en un fenómeno internacional. El camarada Graziadel publicó un libro... atacando al marxismo. No podemos dejar pasar impunemente este revisionismo teórico. Tampoco toleraremos que nuestro camarada húngaro Luckacs haga lo mismo en el terreno de la filosofía y la sociología... Existe una tendencia semejante en el partido alemán. El camarada Graziadel es un profesor, Korsch es también un profesor (interrupción: "Luckacs es también un profesor"). Si permitimos a otros profesores desarrollar sus teorías marxistas, estamos perdidos. No podemos tolerar un revisionismo teórico de este tipo de nuestra Internacional Comunista". MORRIS WATNICK, *Relativismo y conciencia de clase: Georg Lukacs*, en Leopold LABEDZ, *El Revisionismo (Ensayos sobre la historia de las ideas marxistas)*, Madrid, 1968, pág. 221.

cistas, por lo mismo era obligado mantener que los fascistas no eran peores ni diferentes que otra clase de burguesía»²². En consecuencia, para Moscú «el camino para una Alemania soviética pasaba por Hitler». Tal vez, como señaló uno de los mejores especialistas de esta temática, Frank Borkenau, no haya razón para creer que Stalin mismo deseara la victoria del Führer, pero también subraya que no hizo nada para prevenirlo. Por lo visto Stalin estaba plenamente convencido de que las fuerzas armadas eran el árbitro de Alemania y que, por tanto, controlaban a Hitler, sin que a ninguno de ellos les interesase romper sus vínculos hacia Rusia. También cabe que fuese peligroso para Stalin cambiar de rumbo en estos años críticos (1928-1933), en que todavía no había echado raíces profundas en el poder, pues habría podido desacreditarle²³. Por menos obtuso y más utilitario a efectos perso-

²² Georg F. KENNAN, op. cit., pág. 271.

²³ Frank BORKENAU, *European Communism*, op. cit., págs. 71-74. Este autor subraya que la "cronología" no confirma la intención, pues, la línea comunista se trazó en 1928, cuando el nazismo no constituía peligro todavía. Eso es cierto, pero entonces ¿por qué no rectificó la línea antisocial-demócrata cuando este peligro se hizo realidad? Reconoce la sorpresa comunista cuando en 1930 súbitamente el nazismo se mostró una fuerza importante. (En las elecciones de 1930 los nazis obtuvieron 105 escaños y los comunistas 77; en julio de 1932, los nazis pasaron a 230 y los comunistas a 89; en las elecciones de noviembre de 1932 los nazis descendieron a 196 escaños y los comunistas se elevaron a 100, pero a costa de los social-demócratas que caían a 121 de 133 que tenían). También cabría preguntar por qué en las elecciones presidenciales del mismo 1932 los comunistas presentaron su propio candidato, Thaelmann, contra Hindenburg, haciendo así el juego a Hitler, que también se presentaba, repitiendo así la maniobra que siete años antes había dado el triunfo a Hindenburg contra el candidato social-demócrata. En 1932 los social-demócratas, para evitar lo peor, apoyaron a Hindenburg, su antiguo adversario. Los comunistas, en aquellas elecciones de 1925, efectuaron "la primera de sus muchas contribuciones a la futura victoria de Hitler" (pág. 59). Como admite el propio Borkenau, los comunistas, "lejos de concentrarse en este hecho (la ascensión del nazismo), apartarían sus ojos de ellos, como no adecuándose a sus preconcepciones" (página 72). William L. SHIRER ratifica esta "necia idea" que dictaminó la política comunista alemana, "a las órdenes de Moscú". "El fascismo, para los marxistas bolcheviques, representaba el último estadio del capitalismo moribundo; tras ello, ¡el diluvio comunista!". *The Rise and Fall of the Third Reich*, Greenwich (Conn., USA), 1962, pág. 259. En una excelente obra documental que cubre precisamente este período básico de la política exterior soviética que es 1928-1934, Harry HANAK nos dice reseñándola: "Los documentos también muestran la miopía ideológica de los soviéticos. Es fácil naturalmente equivocarse en la evolución de los acontecimientos contemporáneos; los que tales errores comenten no deberían ser inculcados con excesiva dureza. Pero ocurre raramente que un número de hombres altamente inteligentes puedan equivocarse en tantas

nales, probablemente sea esta última la explicación más pausable. La izquierda alemana solía clamar que «sin Stalin, no habría Hitler». Isaac Deutscher, el excelente biógrafo de Stalin y de Trotski, aunque devoto del último, es reservado en este aspecto, pero afirma que como instigador de la política de la Comintern, Stalin «contribuyó involuntariamente al triunfo de Hitler»²⁴.

En el XI Pleno Ampliado de la Comintern (abril 1931) se declaró que los «socialdemócratas eran el partido más activo preparando una agresión contra la U. R. S.S.». Año y medio después del advenimiento de Hitler (julio de 1934), Piatnizki pontificaba ante el buró del comité ejecutivo de la Comintern: «Hemos dicho que los fascistas no conservarían el poder. La resolución del buró ha sido corroborada; la crisis en el campo fascista está comenzando». ¡Aleluya! Por su parte, Fritz Hecker, miembro del C. C. del P. C. alemán, «demostró» que la dictadura hitleriana era mucho más débil que la de Mussolini.

«Así los comunistas de la Tercera Internacional, abandonando la historia del demiurgo dialéctico, han asentido en el despotismo de Stalin mientras estaba desarraigando el marxismo ruso mismo»²⁵. En efecto, comenta Raymond Aron a propósito de la *débâcle* comunista china en 1927, «sólo una propensión por la dialéctica bastaría para traer a la luz la racionalidad que los acontecimientos ocultan más que revelan»²⁶.

Trotskyismo, pecado mortal.

Trotsky estaba escandalizado, y se vengaba con su talento político y literario. Se resistió a montar una nueva Internacional, pero la llegada de Hitler

ocasiones. Los burlescos errores cometidos por los dirigentes soviéticos al evaluar la ascensión del nazismo pueden seguirse en esta selección de documentos" basados en la documentación de la Comintern, en donde se refleja de un modo especial "los aspectos agresivos y aventuristas de la política soviética". *Soviet Foreign Policy, 1928-1934 (Documents and Materials)*, vols. I y II. Seleccionados y traducidos por Xenia Joukoff Eudín y Robert M. Slusser, Londres y Un. de Pennsylvania, 1966 y 1967, en *International Affairs* (Londres), julio 1968, pág. 565.

²⁴ Isaac DEUTSCHER, *Staline (Biographie politique)*, París, 1966, pág. 487.

²⁵ Edmund WILSON, *To the Finland Station (A Study in the Writing and Acting of History)*, Londres, 1967, pág. 199.

²⁶ En "New Introduction" a Frank BORKENAU, *World Communism*, op. cit., pág. 5.

a la Cancillería (enero 1933) le decidió en tal sentido. La historia de la IV Internacional, hasta que Trotski desapareció, apenas supera la de un ejercicio académico, eso sí, brillante.

Stalin manejaba como idénticos fascismo y nazismo. Según él «la socialdemocracia es el ala moderada del fascismo»; «No están en las antípodas, sino que son gemelos». Esto fue expresado ya en 1924, y lo reiteró ulteriormente sin introducir modificaciones. Puede decirse, según Deutscher, «que estas palabras representan la contribución más completa de Stalin a la explicación del fascismo o del nacionalsocialismo»²⁷. Los exégetas y empleados de la Comintern hicieron el resto. «La crisis revolucionaria madura y el fascismo está lejos de poseer el porvenir» decía Stalin un año antes del triunfo nazi.

Por su parte, Trotski lanzaba la alarma en 1931: «la dirección de la Comintern conduce al proletariado alemán a una terrible catástrofe...»; «la obra diabólica del fascismo italiano parecerá probablemente una experiencia pálida y casi humana comparado con la obra del nacionalsocialismo»; «sólo la unidad combatiente con los obreros de la socialdemocracia puede llevar a la victoria. Apresuraos, os queda poco tiempo».

Para «*Runschau*», órgano de la Comintern en alemán (la edición en inglés se titulaba *International Press Correspondence*, abreviadamente, *Inprecorr.*), meses después del éxito hitleriano. «el encarcelamiento de unos cuantos miles de comunistas no puede matar un partido seguido por unos cinco millones». El 1 de abril de 1933 afirmaba: «La calma momentánea después de la victoria del fascismo es sólo un fenómeno pasajero. La subida de la marea revolucionaria continuará inevitablemente. La resistencia de las masas contra el fascismo se incrementará inevitablemente. La abierta dictadura del fascismo destruye toda ilusión democrática, libera las masas de la influencia de los socialdemócratas y así acelera la velocidad de la marcha de Alemania hacia la revolución proletaria»²⁸. Cuando con motivo del in-

²⁷ Isaac DEUTSCHER, *Staline*, op. cit., pág. 488.

²⁸ Citado por Max BELOFF, *The Foreign Policy of Soviet Russia, 1929-1941*, vol. I, Nueva York, pág. 67.

En *Inprecorr.*, del 13 de abril de 1933, se leía: «La completa eliminación de los socialfascistas de la máquina del Estado, la supresión brutal incluso de las organizaciones y de la Prensa social-demócrata, no modifica en nada el hecho de que en el presente como en el pasado [la social democracia], constituye el sostén principal de la dictadura del capital.» Citado por Adolf STURMTHAL, op. cit., pág. 301.

endio del Reichstag Hitler se hizo conceder plenos poderes y los aplicó en consecuencia, a los comunistas no se les ocurrió ni siquiera declarar una de aquellas huelgas generales que provocaron media docena de veces bajo los «social-fascistas». En realidad, el comunismo alemán ya no estaba para tantos troles.

La experiencia por la que venía atravesando el P. C. italiano desde 1827 no se había tomado en consideración. Un grupo rebelde, antifascista, evaluaba la situación desde París en 1930: «Bordiga y Tasca expulsados [del Partido]. Gramsci, en prisión. Pero lo que es más importante, hemos visto la rápida destrucción de las posiciones políticas que esos hombres representaron y que fueron el fruto de la experiencia del Partido Comunista Italiano. Habiendo eliminado todos los recursos del P. C. italiano, el liderato ruso se las ha arreglado para instalarse él mismo sin encontrar resistencia»²⁹. El año anterior Togliatti había realizado una humillante autocrítica dando la bienvenida a la «lección de bolchevismo» impuesta al P. C. italiano. Su carrera estaba asegurada.

El amargo despertar.

Stalin despertaría, pero todavía no. El 19 de febrero de 1934 podíase leer en *L'Humanité*: «¿Defender la República, dice Blum? ¡Como si el fascismo no fuese aún la República, como si la República no fuese ya el fascismo!»³⁰. Por entonces llegaría a oídos del Kremlin el rumor de que los germanos se interesaban por Ucrania y comenzó a sospecharse que lo del «espacio vital» pudiera ser algo más que una teoría. Y los germanos comenzaban a rearmarse y a quebrar los artículos del tratado de Versalles. Ese sí era un lenguaje que Stalin comprendía a la maravilla, como comprendió años después la insistencia de los japoneses en realizar excursiones al norte de las fronteras chinas. La entente entre los Ejércitos alemán y soviético, a iniciativa del primero, fue extinguiéndose. Rapallo sería sólo un recuerdo. Y un cercano precedente. El denigrado *Diktat* de Versalles iría sacralizándose.

²⁹ *Giustizia e Libertà*, marzo 1930, citado por Gino BIANCO, "The First Ten Years of Italian Communism (From the archives of Angelo Tasca)", en *Survey*, abril 1968, página 156.

³⁰ *Vaillant-Couturier*, citado por Annie KRIECEL, op. cit., pág. 105.

Se imponía un *rapprochement* a las democracias occidentales (se omitía «burguesas»). El III Reich se retiró de la Sociedad de Naciones. La U. R. S. S. ingresó en ella.

La «noche de los cuchillos largos» (30 junio 1934) convencería a Stalin de que en Alemania mandaba Hitler. Lo demás eran adjetivos calificativos. Por consiguiente, en julio el presidente del Comité Ejecutivo de la Comintern inició con la debida prudencia la separación de las ovejas blancas de las ovejas negras, cuando en un discurso indicó: «La situación en Alemania ha cambiado. Pero aún ahora es justo llamar a Wells social-fascista, y es cierto que los fascistas y los socialdemócratas dirigidos por Wells son gemelos (énfasis nuestro). Sin embargo, los grupos socialdemócratas ilegales que actualmente están luchando en Alemania no son social-fascistas y no constituyen un sostén social de la burguesía. Se encuentran en el camino hacia el comunismo y deben ser ganados al partido comunista»³¹. La bella durmiente estaba amaneciendo.

La nueva línea que iba a implantarse en la Comintern «hizo trizas no solamente la táctica del 'tercer período', sino también los principios que se habían venerado como parte del sagrado evangelio leninista»³². Los camaradas se presentarían como campeones de la defensa de las libertades democráticas y de los valores nacionales, Ejércitos incluidos. El búlgaro Dimitrov, cuyo proceso por los nazis cuando el incendio del Reichstag le hizo famoso, fue colocado al frente de la III Internacional.

La apertura del VII Congreso (25 julio-21 agosto 1935) se efectuó con aparente normalidad, pero las decisiones se habían tomado por anticipado. El Congreso anterior fue el último en que todavía se permitió una variedad de opiniones, pues Stalin todavía no estaba consagrado. «La discusión pública no desempeñó ningún papel en la formulación de la política del VII y último Congreso de 1935, el cual fue convocado para explicar y hacer público un cambio de política que ya había sido decidida por Moscú y en ciertos casos puesta en marcha». Gran parte de la generación de los «viejos revolucionarios» fueron convocados a Moscú y liquidados en su momento³³.

³¹ En *The Communist International*, 20 de agosto de 1934, citado por Adolf STURMTHAL, op. cit., págs. 405-406.

³² Adolf STURMTHAL, op. cit., pág. 306.

³³ R. N. Carew HUNT, op. cit., pág. 225.

Frank BORKENAU cree que el VIII Congreso fue significativo "sólo en la medida que

Dimitrov (consultando de cuando en cuando con la mirada a Manuilsky, que era quien, en realidad, ejercía el control de la Comintern)³⁴, criticó «los defectos de muchos de nuestros camaradas, demasiado vinculados a rígidos esquemas y fórmulas sin vida»; uno de cuyos ejemplos era su creencia de que la dictadura fascista «sería necesaria e inmediatamente reemplazada por la dictadura del proletariado», así como la costumbre de juzgar globalmente sobre clases sociales y partidos sin diferenciar tendencias, es decir, catalogarlas a todas como «social-fascistas». Adecuar los nacionalismos locales con el comunismo internacional era el *quid* de la cuestión. Dimitrov se explicó con claridad: «Camaradas, el internacionalismo proletario debe, por decirlo así, 'aclimatarse' en cada país con el fin de echar raíces profundas en el suelo natal. Las *formas nacionales* de la lucha de clases del proletariado (...), no se contradicen con el internacionalismo proletario; por el contrario, es precisamente, en estas formas que los *intereses internacionales* pueden defenderse con buen éxito». Más adelante remarcó: «Pero quien piense que esto [el internacionalismo proletario] le permite mofarse de todos los sentimientos nacionales de las grandes masas trabajadoras se halla muy distante del verdadero bolchevismo y no ha asimilado nada de las enseñanzas de Lenin y Stalin sobre el problema de la nacionalidad»³⁵.

El objetivo era la formación de «Frentes Populares». España y Francia obtuvieron uno cada una. España, además, y por razones muy concretas, una guerra civil, una guerra que pilló tan desprevenido a Hitler como a Stalin. Tanto el uno como el otro fueron a lo suyo y sólo a lo suyo. Quien se hizo otras ilusiones fue Mussolini. Stalin, que es el que aquí nos interesa, hizo todo lo posible para que el lado republicano apareciera internacionalmente respetable y pagó para ello el precio de convertir el obediente comunismo español en la derecha del Frente Popular, con todo lo que ello puede

señaló la fase de apertura de las purgas. En otro sentido es un circo irrelevante para un *show* público», *European Communism*, op. cit., pág. 227. Muchos comunistas fueron eliminados por la policía de sus propios países, alertada incluso con circulares del partido que denunciaban «desviaciones» de todo género.

³⁴ Stalin reconocía años después a Djilas que «Dimitrov es un hombre más listo que Manuilsky, mucho más listo», pero también haría constar que «es fácil trabajar con Dimitrov, pero con los demás era más difícil». Milovan DJILAS, *Conversations with Stalin*, Harmondsworth (Ing.), 1963, pág. 67.

³⁵ Discurso del 13 de agosto de 1935, citado por Elliot R. GOODMAN, op. cit., página 114.

significar. Los rusos—con la Comintern—entraron aparatosamente por la puerta grande de la guerra y se esfumaron sigilosamente por donde pudieron bastante antes de concluirse.

Hitler dio principio a su política agresivo-anexionista en Centroeuropa. Tras la vergüenza de Munich, Stalin prefirió a la larga ponerse de acuerdo con él que tener que «sacar las castañas del fuego» a las democracias. El sinuoso proceso terminó con el golpe de teatro del Tratado nazi-soviético. La guerra se hacía con ello definitivamente inevitable. Militar y diplomáticamente es difícil ver cómo Stalin podía sustraerse a las presiones germanas si tenemos en cuenta, primero, la nefasta política anglo-francesa y, segundo, la indecisión de los últimos meses. Ideológicamente, en cambio, resulta también claro que Stalin se excedió sin necesidad en torpezas dialécticas para justificar el pacto... y lo que siguió. El viraje cayó como un rayo sobre la opinión mundial y contribuyó al ambiente derrotista que flotaba en Francia.

Todo da a entender que el tratado entre Berlín y Moscú cogió desprevenida a la Comintern, que durante varios días fue a la deriva, totalmente desorientada en sus secciones nacionales. A los diez días de aquella firma, la Asamblea Nacional francesa votaba los créditos de guerra, incluso con el voto afirmativo de los comunistas. En Gran Bretaña el P. C. tampoco adoptaba una línea antinacional. Pero cuando a mediados de septiembre a su vez los soviéticos entraban en Polonia, los comunistas de los países aliados rectificaban la línea. Finalmente, en octubre, Dimitrov impartió las directrices oportunas, poniendo de relieve que todo lo que podía socavar el Tratado germano-soviético era pernicioso para la clase proletaria. La paz una vez más reinaba en Varsovia, pero las potencias imperialistas rehusaban la paz que el Führer les ofrecía.

El periódico de la Comintern, *Die Welt*, que se publicaba en Estocolmo, en alemán, en su número del 9 de febrero de 1940 indicaba que los comunistas alemanes tenían ante sí la prueba inconfundible de que la clase dirigente británica hacía la guerra contra los trabajadores; la misma suerte aguardaba a la clase obrera alemana si su país era vencido. No es de extrañar, pues, que Walter Ulbricht se exhibiese en Moscú del brazo de los nazis³⁶. Podía considerarse afortunado. Otros comunistas alemanes refugiados en la U. R. S. S. serían entregados a los nazis³⁷. Con todo la Unión So-

³⁶ Cunther NOLLAU, *Las Internacionales*, Barcelona, 1964, págs. 185-186.

³⁷ Así, por ejemplo, una comunista alemana nos cuenta su aventura de 1940, cuando

viética no se libró del expansionismo germano y la semiluna de miel encontró un final abrupto al amanecer del 22 de junio de 1941. La Rusia de Stalin fue cogida en el más dulce de los sueños. El amo del Kremlin por fin dio señales de vida el 3 de julio. A pesar de los desastres de los primeros meses, la U. R. S. S. se recobraría, asombrando al mundo con la «gran guerra patriótica». Paralelamente los movimientos de resistencia se reavivaron en la Europa ocupada por el Eje.

La disolución de la Comintern.

El 15 de marzo de 1943 la Internacional Comunista era disuelta (la medida se anunció siete días más tarde). Se alegaba «la madurez política de los partidos comunistas y sus cuadros dirigentes en los países», posibilitado porque «cierto número de partidos miembros» plantearon la cuestión. Este final de la organización está rodeado de «misterio» y «se presta a conjeturas»³⁸. Deutscher comentó diez años después que «a diferencia del Isaac bíblico camino de Moria, la Comintern ni siquiera preguntó: «¿Dónde está el cordero para el holocausto?»³⁹. *Pravda*, poco después, indicó que ni si-

el pacto era cumplimentado por ambas partes: “Yo también pertenecía a este grupo [de comunistas extranjeros que fueron entregados a los nazis por Stalin], ya que había sido detenida en Moscú y sentenciada a cinco años de trabajos forzados”. “Fue el 3 de febrero que mi transporte llegaba a Brest Litovsk en la línea de demarcación entre la Polonia ocupada por los soviéticos y la ocupada por los alemanes. Un oficial de la N. K. V. D. con un grupo de soldados nos llevó hacia un puente de ferrocarril sobre el Bug. Desde el otro lado vimos hombres en uniforme y los reconocimos como uniformes de las S. S. El oficial de las S. S. y su colega de la N. K. V. D. se saludaron cordialmente...”. Margarete BUBER-NEUMANN, *Kriegsschauplätze der Weltrevolution: Ein Bericht aus der Praxis der Komintern*, Stuttgart, 1967, en “International Affairs” (Londres), julio, 1968, pág. 531.

³⁸ Hugh SETON-WATSON, *The Pattern of...*, op. cit., pág. XI y Elliot R. GOODMAN, op. cit., pág. 72.

A comienzos de junio de 1944, en una entrevista entre Stalin y Djilas salió a relucir el tema, comentando aquél que “la situación en la Comintern se había hecho cada vez más anormal”, ella tirando por un lado y Moscú por otro. Puso especialmente de relieve la contradicción esencial entre la existencia de un “foro comunista” en una época que “los partidos comunistas debían estar buscando una lengua nacional y luchar bajo las condiciones prevaletientes en sus propios países”, Milovan DJILAS, op. cit., pág. 67.

³⁹ Isaac DEUTSCHER, *Russia after Stalin*, op. cit., pág. 76.

quiera existió la posibilidad de convocar un Congreso Mundial, el único con competencia para hacerlo, como reconoció el propio Manuïlsky⁴⁰. Sin embargo, en la «biblia oficial del partido», el *Curso breve de la Historia del P. C. Unionista* (bolchevique), no fue suprimida la referencia a la Comintern en las ediciones que siguieron a 1943. Es más, en la edición de 1952 se tomaban textualmente las promesas hechas por Stalin en 1924, la de «reforzar y extender la Unión de Repúblicas» y la de «permanecer fieles a los principios de la Internacial»⁴¹.

Al cabo de unos meses, el 9 de septiembre, Stalin rehabilitaba la Iglesia ortodoxa griega. Los balcanes eran ortodoxos y el Ejército Rojo había pasado definitivamente a la ofensiva. Por delante tenía el viejo jardín del paneslavismo⁴². Y lo que es más importante aún, como observa Deutscher, la vieja letra de la *Internacional*, debida a un *communard* francés, cedió el puesto a «un canto de una respetabilidad patriótica más grande»⁴³, que fue adoptada el 20 de diciembre de 1943. Comienza así:

«Una unión indestructible de repúblicas libres,
la Gran Rusia ha erigido para siempre...»⁴⁴.

⁴⁰ Según José TOMÁS HERNANDEZ. Cfr. Gunther NOLLAU, op. cit., pág. 188. Elliot R. GOODMAN ofrece más pistas sobre la disolución en la nota de las págs. 72-73, op. cit.

⁴¹ Elliot R. GOODMAN, op. cit., págs. 72-73. Cree, siguiendo la tesis de su obra, que eso significaba que la Unión Soviética no renunciaba a su objetivo de establecer "un Estado soviético mundial". En realidad, a quien mande en Moscú siempre le es posible la respuesta de Stalin al periodista inquieto de una "revolución mundial":—"Es un malentendido. ¿Un malentendido trágico?—preguntó el entrevistador. No, replicó Stalin, un malentendido cómico, o, si usted lo prefiere, trágico-cómico", *Pravda*, 5 de marzo de 1936, citado por Isaac DEUTSCHER, *Staline*, op. cit., pág. 507.

⁴² El arzobispo de Moscú, Gregory, realizó un visita a Bulgaria como emisario de la Iglesia ortodoxa rusa en abril de 1945: "El pueblo búlgaro está bajo la protección de la poderosa Unión Soviética (...). Con la Iglesia ortodoxa y el común sentimiento eslavo hemos de fortalecer la unidad de nuestros pueblos". Dimitrov declaró algo por el estilo el 28 de mayo de 1946: "El Frente Patrio y los comunistas en particular rinden homenaje a los patriotas de nuestra Iglesia nacional. Están orgullosos de la Iglesia que dio a su pueblo servidores tan fieles y honorables como Ivan Rilski (...). Hoy tenemos derecho a pedir que nuestra Iglesia continúe las tradiciones milenarias y que sea una Iglesia republicana (...), que ellos sigan el ejemplo de las cabezas actuales de la Iglesia rusa (...)". Citado por Ygael GLUCKSTEIN, *Los satélites de Rusia en Europa*, Barcelona, 1955, págs. 114-115.

⁴³ Isaac DEUTSCHER, *Staline*, op. cit., pág. 585.

⁴⁴ Isaac DEUTSCHER, *Stalin (A Political Biography)*, Londres, 1949, pág. 491. (El

En la gran recepción que Stalin ofreció a los altos jefes de las fuerzas armadas el 24 de mayo de 1945, pronunció estas palabras: «Me gustaría brindar a la salud de nuestro pueblo soviético y, sobre todo, por el pueblo de Rusia, porque es la más destacada de todas las naciones que componen la Unión Soviética (...). Merece un reconocimiento general en la guerra como fuerza directriz de la Unión Soviética entre todos los pueblos de nuestra patria (...). Es el pueblo de vanguardia, pues posee mente clara, carácter firme y resistencia»⁴⁵. Luego, ya en la postguerra, el Ejército ya no se llamaría más «Rojo», sino soviético.

Evidentemente, para el dictador georgiano, si la Rusia eterna podía significar eso dentro del conjunto de la U. R. S. S., *a fortiori* la U. R. S. S. podía significar lo propio, si no más, no ya dentro de la Internacional Comunista sino dentro de la soñada Unión Mundial de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Balance de la Comintern.

«Al abandonarnos, el camarada Lenin nos ha legado la fidelidad a la Internacional Comunista. Nosotros te juramos, camarada Lenin, que no ahorraremos ni siquiera nuestra vida para consolidar y extender la Internacional Comunista». Ese fue el Juramento de Stalin a la muerte de Lenin.

León Trotski, el hombre que «creyó que el comunismo internacional contenía más realidad, a pesar de su debilidad, que el socialismo en un solo país, a pesar de todos sus éxitos»⁴⁶, había sido asesinado el 20 de agosto de 1940. Su sangre manchó unas cuartillas en las que redactaba una biografía acusadora de Stalin.

La Comintern, decidida por un pequeño grupo en Moscú, fue disuelta por otro pequeño grupo en Moscú. Su historia fue la de una «serie de esperanzas y desilusiones», «siempre un fracaso», «ni un simple éxito duradero». La historia de la Comintern es la historia de la tragedia del proletariado internacional, la historia de un cerrilismo inaudito, la historia de un tiro que

texto está mal traducido en la edición francesa que venimos utilizando, cfr. pág. 585). Confróntese también Elliot R. GOODMAN, op. cit., pág. 123.

⁴⁵ Cit. por Elliot R. GOODMAN, op. cit., pág. 124.

⁴⁶ Isaac DEUTSCHER, *Staline*, op. cit., pág. 473.

salió sistemáticamente por la culata. Es una historia que, sobre todo, a partir de Lenin fue progresivamente fraguándose a mayor gloria de la Unión Soviética y terminó en una orgía de devoción hacia Stalin.

La fórmula de «socialismo en un solo país» bien valía una misa. Stalin fue y no fue traidor a la revolución mundial, como dice Deutscher. Salvó la revolución doméstica a costa de sacrificar la mundial. La «estrategia ortodoxa» cobró preferencia sobre otras aventuras externas⁴⁷. Fue el triunfo de un escéptico-realista (¿o de un realista escéptico?) que no dudó en pagar (en hacer pagar) el precio, cualquiera que éste fuese. Stalin clasificó jerárquicamente los instrumentos con que operó; «prefirió para sus políticas internas la policía secreta al partido y para las externas el Ejército soviético (y las ramificaciones exteriores de la N. K. V. D.) a los partidos comunistas extranjeros o la Internacional Comunista»⁴⁸.

Contraponiendo su fórmula a la de la «revolución permanente», el marxista-trotskista Deutscher reconoce que Stalin no hizo más que aceptar lo irremediable, «mostrando su disposición para una autocontención en un mundo que de cualquier modo estaba determinado a contenerle». Por ello el mundo capitalista aplaudió la victoria de Stalin sobre Trotski (sin sospechar desde luego que llegaría un 1945). Y así, mientras la Internacional Comunista clamaba con orgullo ser la «vanguardia de la revolución mundial, se convertía en la retaguardia de la diplomacia de Stalin», utilizándose más como instrumento del Kremlin para presionar a los gobiernos capitalistas que como un movimiento militante forzando su derribo. Por supuesto, se reiteraban gritos fantásticos y ruidosos anunciando la inminencia o la inevitabilidad de la revolución mundial. Había que mantener la moral, para lo cual tuvieron que permitirse «batallas en broma» y «parodias de batalla». Sin embargo, el objetivo real era evitar cualquier deterioro en serio de la «coexistencia pacífica». En una palabra, había que montar la guardia mientras se edificaba el socialismo en «un sexto de la superficie terráquea» evitando que el proceso fuese molestado por los restantes «cinco sextos» capitalistas⁴⁹.

⁴⁷ Isaac DEUTSCHER, *Russia after Stalin*, op. cit., pág. 58.

⁴⁸ Ghita IONESCU, *The break-up of the Soviet Empire in Eastern Europe*, Harmondsworth (Ing.), 1965, pág. 11.

⁴⁹ Isaac DEUTSCHER, *Russia after Stalin*, op. cit., págs. 31 y 75.

Frank BORKENAU expresa gráficamente la historia de la Comintern a partir de 1928,

Si la historia del marxismo-leninismo-etcétera es la historia de un revisionismo permanente, la historia de la Comintern es la historia de una chapucería permanente fruto tanto de un puritanismo ortopédico como de oportunismos traviesos. La cita con las circunstancias siempre fue a destiempo. Su intencionalidad era la de predeterminar, la de anticiparse a la historia; el balance nos dice que fue casi ininterrumpidamente determinado por ella.

Frank Borkenau distingue claramente tres períodos en la Comintern. En el primero, la organización fue principalmente un *instrumento para traer la revolución*; en el segundo, principalmente un *instrumento en las luchas faccionales rusas*; y en el tercero, principalmente un *instrumento de la política exterior rusa*⁵⁰. A su vez cabe distinguir tres periodos a la «izquierda»: 1920-1921 (los socialdemócratas son «social-patriotas», «social-traidores»...); 1924-1925 (los socialdemócratas ascienden a «tercer partido de la burguesía»); y 1929-1934 (la escalada dialéctica los sitúa ya como «social-fascistas»). Y tres períodos a la «derecha»: 1922-1923 (busca la táctica del «frente unido»); 1925-1926 (liquida parcialmente la noción básica de la tarea de un partido comunista); y 1934 en adelante, o sea, hasta 1939 (con los «frentes populares» y deseos crecientes de identificarse con los socialistas). En todo ese vaivén, los comunistas nunca consiguieron «un sentido de adecuación de medios y fines»⁵¹.

Visto desde el ángulo exterior pueden distinguirse también dos enfoques. Desde su creación hasta la llegada de Hitler al poder, la Comintern pasa por su período alemán. «Todos los experimentos, todos los cambios de táctica y métodos de organización comenzaron en Alemania». En esta época la historia del comunismo alemán vendría a ser la historia del comunismo mundial en una cáscara, tanto como lo será el comunismo francés en el período posterior⁵².

Como organización bajo predominio moscovita, la Comintern fue «un producto de la derrota». Pero tal dominación fue «mucho más el resultado que la causa de la evolución del comunismo fuera de Rusia». Cuanto más

comparándola a «una muñeca mecánica sin vida, incapaz de moverse hacia delante o hacia atrás, pero profiriendo a intervalos regulares, por medio de algún resorte ingenioso, aullidos que sobrecogían la sangre», *European Communism*, op. cit., pág. 68.

⁵⁰ Frank BORKENAU, *World Communism*, op. cit., pág. 419.

⁵¹ *Ibidem*, pág. 415.

⁵² Frank BORKENAU, *European Communism*, op. cit., pág. 51.

pobres y menores, más dependían los partidos comunistas de los subsidios de Moscú, lo cual permitía a éste condicionarlos ideológicamente todavía más. Más lejana se veía la posibilidad de una revolución, más crecía la admiración por la revolución bolchevique. «Cada derrota de la revolución en Occidente y en Oriente va acompañada de un incremento de admiración por Rusia»⁵³.

Excepto en Checoslovaquia y Francia, donde el partido comunista contaba con numerosos electores, por doquier la disminución de sus seguidores parecía compensarse cada vez más con la atracción de «elementos *déclassés*: jóvenes intelectuales con inclinaciones bohemias por un lado, desempleados por otro». (En España, durante la guerra, llegó a ser «un partido de todas clases, excepto de proletariado urbano»). Con el tiempo los «comunistas se convirtieron en un partido sin clase, mantenido unido por el culto de su Estado totalitario—Rusia—y su *voshd*, su Führer, el líder-superman, Stalin»⁵⁴.

La historia de la Comintern ha demostrado—y eso lo ratificaría la segunda postguerra—que el papel del proletariado en las convulsiones de nuestro tiempo ha probado ser el elemento utópico del marxismo. «En Rusia, no el proletariado, sino una orden casi-religiosa de revolucionarios profesionales de la 'intelligentsia' tomaron la dirección con la ayuda de los campesinos, los soldados campesinos y los obreros. En Occidente, donde no había ni tal orden ni masas deseando seguirla, la idea de una revolución proletaria demostró ser una completa ilusión»⁵⁵.

La gran realidad, el factor que constantemente estuvo presente y nutrió esta frustración, fue el nacionalismo. El bolchevismo triunfador trató de transferir algunos de sus métodos a Occidente. «La historia de este intento es la historia de la Internacional Comunista». Pero el factor nacionalista le salió repetidamente al paso. Polonia—¡y hasta Hungría!⁵⁶—fue el primer ejemplo

⁵³ Frank BORKENAU, *World Communism*, op. cit., págs. 416, 417 y 418.

Annie KRIECEL piensa que la sorprendente capacidad de fascinación ejercida por el comunismo se debe probablemente a la fusión de tres elementos: «la herencia social y espiritual del movimiento obrero del siglo XIX, el universo de la técnica y de la ciencia del XX y la experiencia histórica de la civilización eslava», op. cit., pág. 123.

⁵⁴ Frank BORKENAU, *World Communism*, op. cit., págs. 420, 424 y 422.

⁵⁵ *Ibidem*, pág. 421.

⁵⁶ Cfr. la reseña de L. PETER del libro de Rudolf L. TOKÉS, *Béla Kun and the Hungarian Soviet Republic (The Origins and Role of the Communist Party of Hungary in the Revolutions of 1918-1919)*, Nueva York y Londres, 1967, en *International Affairs*, (Londres), julio, 1968, págs. 511-512.

demostrador de que lo nacional pesaba más que lo social. Por eso la historia de la Comintern fue en gran medida «un ejemplo de choque de culturas»⁵⁷.

La III Internacional zozobró, pues, en el mismo arrecife que terminó con las dos primeras Internacionales: el nacionalismo⁵⁸. Pero el primer nacionalismo que se cuidó de dar ejemplo fue el nacionalismo ruso. La formación de la U. R. S. S.—«Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas»—siete años después de la revolución fue un compromiso entre la ideología y los nacionalismos periféricos a la Gran Rusia. A los intereses de esta Unión Soviética, especialmente bajo Stalin, tenían que plegarse los de las demás naciones y los de la Comintern. Sin ciudadela soviética, empero, el comunismo incluso se habría hecho más problemático. Así lo comprendió Stalin, comprobando que las circunstancias objetivas no eran propias para aventuras. Stalin no se empeñó en conseguir la cuadratura del círculo, pero para la consolidación de su propio poder no dudó en hacer las delicias de Adolf Hitler y de haber vivido habría hecho las del mismo marqués de Sade. Es cierto que Rusia emergió victoriosa de la gran prueba, pero con veinte millones más de cadáveres y una tierra calcinada; también es cierto que el III Reich fue arruinado, pero combatiendo en todos los frentes sólo tuvo la cuarta parte de muertos⁵⁹.

⁵⁷ Frank BORKENAU, *World Communism*, op. cit., pág. 26.

⁵⁸ Gunther NOLLAU, op. cit., pág. 194. Además, mientras el reformismo coadyuvó decisivamente a la destrucción de la II Internacional, el anarquismo lo hizo con la I, como escribió R. N. Carew HUNT.

⁵⁹ Según los Estatutos de la III Internacional, su órgano supremo, el Congreso Mundial, debía reunirse al menos una vez por año. El Congreso fundacional, el I tuvo lugar en 1919, el II en 1920, el III en 1921, el IV en 1922, el V en 1924, el VI en 1928 y el VII en 1935. O sea, cuatro bajo Lenin y tres bajo Stalin (en el de 1924 Stalin no controlaba aún el aparato). Este escalonamiento de los Congresos (5 en los primeros seis años y 2 en los últimos once) «es un síntoma entre otros de paso del período leninista al stalinista». Annie KRIEGL, op. cit., págs. 114 y 115. Se celebraron 13 Plenos Ampliados del Comité Ejecutivo—«verdaderos pequeños Congresos», aunque no podían revocar, en principio, los órganos dirigentes de la I. C.—, el primero de los cuales en 1922 y el último en 1933. (Págs. 115 y 116).

La erosión de los cuadros participantes en los Congresos de la Comintern fue notable. Entre los 515 delegados del VI Congreso, 278 (65 por 100) (*sic*) participaron por vez primera; 10 habían participado ya en el I Congreso, 37 en el II, 71 en el III, 82 en el IV y 110 en el V. *Ibidem*, pág. 115. La suma total sería de 588 delegados y no 515 como indica KRIEGL; y el porcentaje de los participantes por vez primera sería del 54 por 100 y no el 65 por 100 como indica.

De los 275 miembros elegidos de los órganos dirigentes de la Internacional Comunista

La pequeña historia de la Cominform.

La guerra terminó con malentendidos entre los aliados y estos malentendidos fueron desarrollándose en la inmediata postguerra. La «guerra fría» fue cobrando cuerpo y por 1946 era un elemento indiscutible del panorama internacional. Entre los dirigentes comunistas de la Europa oriental, el más celoso y puritano stalinista probablemente era Tito, quien en el mismo 1945 había propuesto a Stalin la creación de una nueva organización internacional. Fue al año siguiente que el dictador soviético consideró la propuesta del prestigioso yugoslavo. Hubieron más demoras en la decisión última, porque dependía de los soviéticos diagnosticar «cuando el tiempo estaba maduro». El tiempo maduró en otoño de 1947. Stalin lo condicionó a que la nueva organización se montase como un servicio de información mutuo. Stalin había criticado a Dimitrov, oponiéndose a que fuese una especie de Comintern resucitada. Su propósito era sólo adyacente, es decir, mucho más que sembrar la cizaña entre ambos líderes balcánicos, que pretendían una confederación búlgaro-yugoslava y que finalmente, en 1948, Stalin vetó el proyecto sin ambages. La otra condición de Stalin es que la sede de la nueva organización estuviese en Belgrado. Djilas cree que esta elección suponía algo más que la apariencia de reconocer de alguna forma la revolución yugoslava. «Tras ello yacía la secreta intención soviética de adormecer a los dirigentes yugoslavos en un estado de autosatisfacción por su propia revolución y subordinar Yugoslavia a alguna supuesta solidaridad internacional comunista (...) de hecho, a la hegemonía del Estado soviético, o, más bien, a las demandas insaciables de la burocracia política soviética»⁶⁰.

De manera que la guerra fría escaló, Zhdanov, hombre fuerte de los destinos soviéticos en esta época, fue imponiendo una línea de dureza generalizada. Siguiendo una antigua costumbre, utilizó en el exterior a los partidos comunistas en función de los cardinales intereses soviéticos, en tanto que en

aparecidos en listas publicadas a lo largo de los Congresos, ninguno fue elegido en todos los Congresos ni siquiera en 6. Sólo 3 (1 por 100) fueron elegidos por 5 Congresos; 6 (2 por 100), por 4; 16 (6 por 100), por 3; 48 (17 por 100), por 2; y 201 (73 por 100), por 1 solo Congreso. Es decir, que casi las 3/4 partes solamente ocuparon sus funciones en el intervalo de dos Congresos. Annie KRIEGL, op. cit., pág. 122.

⁶⁰ Milovan DJILAS, op. cit., págs. 102-103.

el interior inauguraba su campaña contra todos los signos de «servilismo» hacia lo occidental, no deteniéndose ni ante la prostitución de la ciencia, consagrando oficialmente las teorías de Lisenko con exclusión de cualquier otra.

Zhdanov y Malenkov fueron los delegados soviéticos que acudieron a Polonia en septiembre de 1947 cuando se decidió fundar la Oficina de Información Comunista—«Cominform»—. Además de la U. R. S. S., acudieron delegados de los partidos comunistas de Yugoslavia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumania, Polonia, Italia y Francia. Zhdanov habló así: «Ha surgido una nueva alineación de fuerzas políticas. Como más queda la guerra atrás, más distintos devienen las dos tendencias mayores de la política internacional de la postguerra, correspondiendo a la división de las fuerzas políticas operantes en la arena internacional en dos campos mayores: el campo imperialista y antidemocrático, por un lado, y el campo antiimperialista y democrático (...). Las fuerzas antifascistas comprenden el segundo campo. Este campo está basado en la U. R. S. S. y las nuevas democracias»⁶¹.

En noviembre, Zhdanov reiteró y perfiló en un documento su manifiesto fundacional, en el cual en términos poco velados repetía «desde el otro lado del telón» lo sustancial de la doctrina Truman. Después de insistir que «dos líneas políticas opuestas se han formado», subrayó: «El plan Truman-Marshall es sólo una parte constituyente, la sección europea del plan general de la política expansionista mundial llevada a cabo por Estados Unidos en todas las partes del mundo (...)»⁶².

La teoría de los «dos campos», que ya había sido acogida como doctrina, entraría en acción. Los comunistas ya habían dejado de formar parte del Gobierno en Italia y Francia⁶³. En 1947 provocaron una serie de huelgas, que en el fondo eran políticas, que les llevarán al desastre, particularmente en

⁶¹ Citado por F. Bowen EVANS (Ed.), *Worldside Communist Propaganda Activities*, Nueva York, 1955, pág. 23.

⁶² Citado por David HOROWITZ, *From Yalta to Vietnam (American Foreign Policy in the Cold War)*, Harmondsworth (Ing.), 1967, págs. 74 y 75.

⁶³ Antes de iniciarse la guerra fría a los comunistas franceses se les ordenó agarrarse al gaullismo (o a De Gaulle) mientras que a los italianos, que colaboraron con Badoglio y hasta que fueran buenos con la Monarquía que cobijó el fascismo y que votasen favorablemente los tratados de Letrán negociados por Mussolini. También Tito habría tenido que pactar con la Monarquía y Mao Tse Tung que entenderse con Chiang Kai Chek. Pero Stalin no podía desconocer totalmente el fervor revolucionario y cedía ante los hechos consumados.

Francia, donde el servil Thorez es simple reflejo de las voces de lo alto, a diferencia del dúctil Togliatti, que evitó que su partido, sin dejar de obedecer, llegara a las últimas consecuencias y saliera malparado como el galo⁶⁴.

En 1948 presenció el «golpe de Praga» (febrero) y el comienzo del bloqueo de Berlín (junio). Fracasado por el puente aéreo, el bloqueo fue levantado en mayo del año siguiente, con cuyo acto puede darse por clausurada la línea Zhdanov (la *Zhdanovhtshina*)⁶⁵. Entre tanto, en junio de 1948, Tito era excomulgado y su Yugoslavia arrojada de la Cominform, por lo que la organización quedaba reducida a ocho miembros y la sede era trasladada a Bucarest.

En la fundación de la Cominform Zhdanov puso de manifiesto que la disolución de la Comintern había puesto fin a la creencia de que Moscú se inmiscuía en los asuntos internos de los otros países. La Comintern fue (o debía haber sido) un partido mundial con secciones nacionales, del que la Unión Soviética era (debía ser) una sección más. Al Stalin de la postguerra no podía seducirle este planteamiento, escribía Djilas en 1950. Para este político «la Cominform no es una organización directiva del movimiento internacional obrero (...). Esta organización en el curso de dos años se ha reunido sólo dos veces, aunque en realidad sólo una; la primera reunión coincidió en la Oficina de Información, la segunda y única fue la sesión en que se trató de sentenciar al Partido Comunista de Yugoslavia (...). La Cominform no fue más que una formalidad (...). Y sigue aclarando: «La querrela entre el Partido Comunista de Yugoslavia y el P. C. U. S. es la verdadera querrela (...) mientras que la querrela entre el Comité Central del Partido Comunista yugoslavo y la Cominform no representa más que un enmascaramiento de la primera»⁶⁶.

La inutilidad de la organización lo ratifica la reducción de sus ya escasas actividades, limitándose a sostener la lucha sin gloria contra Tito emprendida por Stalin. Este, «el Padre de los Pueblos», «el más grande y sabio de

⁶⁴ Stalin no creía en el comunismo alemán. «El comunismo sentaría a Alemania como una silla de montar a una vaca», dijo al político polaco Mikolajzyk. (Isaac DEUTSCHER se inclina a pensar que también es cierta otra frase stalinista de un cuarto de siglo antes: «La Comintern no representa nada. No existe sino gracias a nuestro sostén»). *Staline*, op. cit., págs. 471-472.

⁶⁵ Zhdanov había muerto en agosto de 1948.

⁶⁶ Citado por Gunther NOLLAU, op. cit., págs. 224-225.

los genios»⁶⁷ dejó de existir en marzo de 1953. A partir de entonces la Cominform sólo publicaría su órgano semanal, la revista *Por una paz duradera—Por una democracia popular*⁶⁸. Con ocasión del XX Congreso del P. C. U. S. Kruschew, inesperadamente, denunció los crímenes del desaparecido dictador. Dos meses después, en abril de 1956, la Cominform era disuelta.

Al lado de la disolución, en página primera del número de 17 de abril de 1956, se insertaba este editorial: «La resolución que se ha tomado de disolver la Oficina de Información no significa, de ninguna manera, que las relaciones fraternales que rigen entre los partidos comunistas y obreros se debiliten en modo alguno». El editorial se titulaba *Por el mayor desarrollo y fortalecimiento del movimiento comunista*. Es fácil de ver que el Kremlin con este acto no renunciaba a la pérdida del control de sus «satélites», pero la disolución se había impuesto como único medio de conseguir un *rapprochement* con Tito. La historia subsiguiente demostró que también había problemas, y grandes, dentro del «campo socialista». El problema una vez más era nacionalista. Y el otro factor constante, el chauvinismo gran ruso envuelto de un complejo de inseguridad⁶⁹.

* * *

La gran sorpresa del mayo francés de 1968 fue debido a una complejidad de factores e imponderables. Entre otros, han tratado de suministrarse explicaciones Cohn-Bendit y Marcuse. Una cosa es cierta: el comunismo *made en*

⁶⁷ El talante de ese «culto a la personalidad» no era incompatible con que 57 millones de ciudadanos soviéticos estuviesen recibiendo enseñanza a diversos niveles.

⁶⁸ Gunther NOLLAU, op. cit., pág. 293. Este semanario se publicaba en 18 lenguas, y representaba el portavoz de la línea política en ideología soviética, y estuvo bajo la dirección de P. F. Yudin, profesor de filosofía marxista; luego fue embajador soviético en China. F. Bowes EVANS (Ed.), op. cit., pág. 24.

La idea del largo título del semanario fue una muestra del humor de Stalin, que creyó que los periodistas occidentales tendrían que repetir el doble slogan cada vez que lo citasen. Estos se salieron por la tangente (como cuando más tarde se inventarían el «Comecon») refiriéndose escuetamente al «órgano de la Cominform». Milovan DJILAS, op. cit., pág. 101.

⁶⁹ Sobre la continuación de este contexto y las tensiones dentro del «bloque comunista», véase nuestro artículo «Razones geopolíticas y sinrazones dialécticas del abordaje de Checoslovaquia», en esta REVISTA, núm. 102, marzo-abril, 1969, págs. 101-127.

DE LA "COMINTERN" A LA "COMINFORM"

Moscow o el elaborado por el Comité Central del P. C. francés fueron totalmente ajenos al fenómeno. Actuaron, aunque de freno, no de espuela. Pero las experiencias a partir de dicha «revolución» han demostrado que en nuestro siglo las revoluciones o son comunistas o no son nada. La gente (la occidental al menos) prefiere quedarse con nada, es decir, con algo. Los partidos comunistas también son gente y son gente de la burocracia de sus estados mayores. A pesar de que les consta que la verdadera, sólida y perenne internacional es la Internacional del Dinero.

TOMÁS MESTRE.

Madrid, 13 de mayo de 1969.

